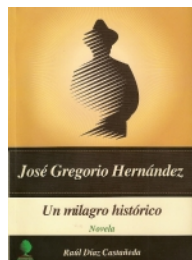

RESEÑA DE LIBROS



Díaz Castañeda Raúl (2014) José Gregorio Hernández. Un Milagro Histórico: Universidad Valle del Mombuy. Valera.

RESEÑA ANALÍTICA

Raul Díaz Castañeda es médico radiólogo, pero esencialmente es escritor. Un escritor de vasta e internalizada cultura, en la que las lecturas en esos “cementorios solemnes” como denomina a las buenas bibliotecas emulando a Gregorio Marañón, han dejado una profunda huella intelectual. Es uno de esos escritores densos, de los que se enganchan los lectores para recorrer el camino de sus escritos a través de un diálogo permanente, que permita el desmontaje de la obra leída, para encontrar finalmente, el objetivo real que la motivó.

En el caso de “José Gregorio Hernández, Un Milagro Histórico”, si nos atenemos al “baremo” con que se suele definir a la Novela como género, este texto NO es una novela. Se trata más bien de una larga y sabrosa reflexión en la que el autor, desdoblado como actante, se convierte en despiadado inquisidor para interrogar, a través de sus testimoniales, a personajes contemporáneos e interactuantes tanto con José Gregorio Hernández como con Rafael Rangel, a quienes coloca como caras alternas de una misma moneda en la que él, Díaz Castañeda, es el canto, el lado que une las caras. Un canto que busca respuestas a sus propias intensas y acuciantes inquietudes.

En la obra que desarrolla Díaz Castañeda, tanto la vida de José Gregorio Hernández como la muerte de Rafael Rangel son buenos pretextos para pasearnos por parte del final decimonónico y el ingreso al siglo XX de la Historia de Venezuela, sobre la base de una construcción dialógica con distintos y notables actores de ese tiempo impreciso. Uno a uno, salen a escena personajes como el padre Borges, Pio Gil, el Dr. Rísquez, Monseñor Pellín y Santos Dominici, y establecen con el autor, las conversaciones con las que dará cuerpo y razón a sus preguntas.

Unas sobre el sentido del suicidio como asunto, a partir del de Rangel, y otras sobre la búsqueda de santidad por parte de Hernández (que es como buscar la gloria).

La discusión es rica, porque se intenta, además, la comprensión de una sociedad en construcción, con distintos estamentos sociales, no siempre centrados en contribuir al desenvolvimiento progresista del país frente a su historia sino más bien en sacar provecho personal y absolutamente egoísta, del momento. Se inquiere sobre los misterios de la vida y la muerte pero también sobre el misticismo de Hernández vs. el rencor aparente contra la vida misma de Rafael Rangel; las instituciones como instrumento social y político para hacer de las personas “mitos” o ídolos y asuntos o actores que surgen de pronto en la conversación porque han participado del juego de la historia de alguna manera.

La obra comienza con la muerte de Rangel, como excusa válida para interpretar y hacer polisémica la acción suicida. Una acción que en este caso, como expresa el mismo Díaz Castañeda, “roza lamentablemente al Dr. Hernández” (p.208). A partir de allí, cada uno de los “interrogados” –es decir, los personajes que van apareciendo sobre el escenario, que es el país-, teje una respuesta justificativa, tanto sobre el asunto del suicidio como el de la búsqueda de santidad.

En el tiempo, los cuatro años que tardó el autor en dar cuerpo al texto definitivo de la obra, y respecto al suicidio, madura una reflexión final que brinda al lector en voz del Dr. Santos Dominici: “...suicidarse no es solamente quitarse la vida, lo es también subordinar los ideales a un impostor, no luchar por lo que es de nuestro mayor interés, refugiarse en la soledad o tomar el camino del exilio.” (p. 240)

Lo mismo ocurre en relación a la reflexión sobre la virtud, la religiosidad o el misticismo atribuido a José Gregorio Hernández, la otra cara de la moneda. Se percibe un reproche escondido en las “voces” de Rísquez o del Padre Borges cuando se refieren a la religiosidad de José Gregorio “Tengo entendido que el doctor Hernández no era fácil, que se mantenía a cierta distancia de la gente que no estaba dentro de su círculo social.” (p. 133). Habla el padre Borges.

Entonces volverse hacia la religión, ¿no fue también un modo de tomar distancia con el medio? La Ciencia al servicio de Dios, ¿sublimando qué aspecto de una personalidad más bien misógina? El servicio social como acción de vida o como sacrificio para alcanzar santidad? La inclusión del diario de José Gregorio, dedicado a Santos Dominici, se percibe entonces como una excusa del mismo autor ante el personaje, por el reproche oculto. O como una manera de poner al lector en la encrucijada del juicio personal... Porque del viaje relatado en el diario, surge la epifanía que conduce a la asunción de una actitud ante la vida y ante la definitiva lejanía del amigo entrañable:

“Regresé de Colón hace un mes. No soy el mismo. Soy otro. La ingritud del páramo me cambió O me reveló. Un mes de meditación, de íntimas confesiones conmigo mismo, con las dudas y el fervor de San Agustín (...), crisálida bajo la ruana y abrazándome para un poco de calor, cambié.” p.. 278

Es el párrafo de la desnudez. Un mes de meditación, de introspección despiadada genera el cambio. El resto del escrito que justifica el cierre del diario –y de esa etapa de su vida- es la justificación racional del científico pese al misticismo del lenguaje. Al final, desde nuestro punto de vista, Rangel y Hernández, cara y cruz de la misma moneda, escapan de la vida de modos diferente: uno hacia la muerte definitiva, otro hacia una conversión de sí mismo desprendiéndose de las pasiones y las volencias que lo cuentan como ser humano. El primero, por su mismo entorno familiar, no tuvo el asidero espiritual con que se educó el segundo. Quizá sea ese el detalle diferencial de dos maneras contrarias de alejarse de la vida...

Un libro cuya lectura vale la pena.

Diana Rengifo de Briceño

Universidad de Los Andes

E-mail: diana.rengifo378@gmail.com